

**EL
EQUILIBRISTA**
**FEDERICO
ANDAHAZI**

FEDERICO ANDAHAZI

EL
EQUILIBRISTA

 Planeta

EL EQUILIBRISTA es un libro en el que se muestran las distintas caras de un autor polifacético. Escritor, psicoanalista, periodista, humorista satírico, apasionado por la historia y hombre de la radio, Federico Andahazi hace un delicado equilibrio entre distintas actividades y, en este libro, comparte el vértigo de la aventura intelectual de la mano de sus lectores y de los oyentes de radio.

EL BUSCADOR DE HISTORIAS DE LA HISTORIA

Federico Andahazi, un apasionado de la historia, nos presenta personajes que han cambiado el curso de los acontecimientos y fueron injustamente marginados, silenciados o, lisa y llanamente, ocultados de la historia oficial. Por otra parte, revela las caras menos conocidas de nuestros próceres y nos narra aquellos capítulos que jamás nos enseñaron en el colegio.

EL ESCRITOR EN PRIMERA PERSONA

Los novelistas suelen esconderse detrás de sus personajes y rara vez se dejan ver. En esta serie de textos, Federico An-

dahazi nos permite entrar en su vida, nos cuenta su procedencia literaria y también sus orígenes familiares, su relación con los libros, los viajes y ese mundo íntimo en donde abreva su literatura. El lector puede encontrar aquí la intimidad de cómo se forja un escritor.

EL PSICÓLOGO

Licenciado en Psicología en la Universidad de Buenos Aires, Federico Andahazi aborda en esta sección las temáticas comunes a todos, hombres y mujeres: el amor, la felicidad, la sexualidad y las pasiones. Pero también habla de las afecciones que aquejan a los pacientes y responde, de manera profunda pero clara y didáctica, las consultas que recibe en su práctica clínica y por parte de los oyentes de la radio.

EL SÁTIRO POLÍTICO

Agudo observador de la realidad nacional, Federico Andahazi retoma uno de los más antiguos y ricos géneros literarios transitado por escritores de todas las épocas: la sátira política. En estos textos, satiriza a los personajes políticos desde la literatura. Son Dante, Umberto Eco, Franz Kafka y muchos otros autores y cineastas los que lo ayudan a articular un análisis novedoso de la política. Su óptica sutil llevará al lector de la reflexión a la carcajada.

Cuatro aspectos que conviven diariamente en un autor multifacético.

EL BUSCADOR DE
HISTORIAS DE LA
HISTORIA

LA MADRE DE LA PATRIA

Era mujer, en la época en que ser mujer significaba una condena. Era negra, cuando ser negra equivalía a ser esclava. Era pobre, cuando ser pobre era la moneda más frecuente entre los que no tenían una sola moneda ni para comer. Fue soldado cuando ser soldado implicaba dejar el cuerpo en el campo de batalla, aun cuando sobreviviera. Fue sepultada por el olvido cuando en el panteón de los héroes no entraban las mujeres, ni los negros, ni los pobres, ni los soldados. Y ella fue todo eso junto. Y a pesar de todo, Belgrano la declaró la madre de la patria. Pero por lo visto, esta patria todavía no puede aceptar que su madre sea negra y pobre.

Todos sabemos quién es el Padre de patria; no hace falta mencionarlo. ¿Pero es posible que la mayoría de este pueblo desconozca quién es la madre?

Se llamaba María Remedios del Valle y era parda. Parda, sí, aquella categoría aún vigente entre los que creen, insisto, todavía hoy, que el color de la piel es una cuestión de casta.

Algunos dicen que era afroargentina. Yo prefiero decir que era negra. Tenía una mirada compasiva que podía volverse fiera como la de las hembras cuando ven peligrar la cría; los ojos tan negros que no se distinguía la pupila del iris, siempre estaban alerta. Tenía la frente alta, orgullosa, rematada en un pelo mota que formaba un halo como el de las santas que adornan las iglesias, pero no dorado a la hoja, sino dibujado con carbonilla.

María Remedios nació en Santa María de los Buenos Aires un día incierto de 1766, ya que la historia ni siquiera tuvo el decoro de preservar la fecha exacta. Se propuso defender este suelo acaso para soñar con una patria que nunca tuvo. Combatió junto al Tercio de Andaluces, uno de los varios grupos de milicianos que expulsó a los ingleses durante las segundas invasiones.

Luego de la Revolución de Mayo, marchó al Alto Perú con el Ejército del Norte. Con su marido y sus dos hijos, uno de ellos adoptado, se incorporó al Regimiento de Artillería de la patria. Volvió sola. En el campo de batalla quedó toda su familia. No sobrevivieron su esposo ni sus hijos. Ni siquiera los nombres para recordarlos como corresponde.

Lejos de rendirse ante el rigor de la existencia, ahora tenía tres motivos más para seguir luchando. Le suplicó a Manuel Belgrano que le permitiera participar en la batalla de Tucumán. Atado a la disciplina y a los reglamentos militares, Belgrano al principio se negó. Pero la voz firme y la mirada aguerriada se impusieron y finalmente, desde la retaguardia,

llegó al frente de batalla codo a codo con los soldados. Fue un triunfo decisivo en la lucha por la Independencia. Belgrano pasó revista de la tropa en formación y al llegar a ella, se detuvo, le tendió la mano y la nombró capitana de su ejército y Madre de la patria.

La Negra Remedios acompañó a Belgrano en la victoria pero, sobre todo, en la derrota.

Cuando fue derrotado en Vilcapugio, María de los Remedios del Valle combatió, recibió una bala y, herida, fue tomada prisionera. Apresada, ayudó a escapar a los jefes patriotas. No le salió gratis: durante nueve días recibió el azote público: la piel negra se tiñó con la sangre roja y le quedó ese estigma para siempre como un trofeo de guerra. Consiguió escapar y se unió a las tropas de Güemes.

Una anciana indigente busca cobijo en la recova del Cabildo, un lugar de paseo terminada la guerra por la Independencia, ya en tiempos menos convulsionados. La anciana extiende su palma blanca para recibir la limosna de los viandantes. Una palma blanca y vacía que contrasta con los ojos negros en los que no se distingue la pupila del iris.

Alguien se detiene y cree ver en esa vieja negra, pobre de toda pobreza a una antigua conocida. El hombre es el general Viamonte.

«¡Usted es la Capitana, la que nos acompañó al Alto Perú, es una heroína!», exclama emocionado el ahora diputado. La negra Remedios Del Valle, que mal podía esconder las cicatrices en el brazo, le cuenta cuántas veces había llamado a la puerta de su casa para saludarlo, pero el personal doméstico la había echado como a una pordiosera.

En estos días en los que tenemos que escuchar a otra señora, una que se dice perseguida y no sabe cómo justificar sus cuentas en dólares y en pesos, sus plazos fijos y sus cajas de seguridad, quiero recordar que esta patria ya tiene una madre.

Una madre que enterró a su amor y a sus hijos en el campo de batalla, una madre que no tenía nada, que era negra, que era pobre y que tenía las palmas de las manos blancas como lo son las palmas de los negros: claras. Y, sobre todo, vacías.

CABRAL, EL ÁNGEL DE LA CARA MORENA

José de San Martín, acodado en el alféizar de la ventana, tenía la mirada fija en un punto situado fuera de este mundo. Se hubiera dicho que miraba las tejas de las casas vecinas a la finca de Grand Bourg y las copas de los árboles junto al Sena. Pero sus ojos acuosos, cubiertos por el velo de una catarata persistente, hacía tiempo que no veían otra cosa más que los parajes remotos de los recuerdos. Y de uno en particular.

Desde que intuyó que el ángel de la muerte lo esperaba, paciente, sin prisa, como un cochero amable, no podía pensar en otra cosa. Solía pasar las mañanas limpiando su pequeña colección de pistolas. Podía armarlas y desarmarlas sin mirar, de memoria. Hacía tiempo que no tiraba. No quería delatar ante sí mismo y ante los demás el hecho irreversible de que ya casi no veía.

Por las tardes, después de una breve siesta, se dedicaba a caminar por la rivera con las manos cruzadas en la espalda. Pensaba. Si pudiera retroceder en el tiempo, se decía, volvería a un solo lugar, a un único momento.

Jamás se lo había confesado a nadie. Había conocido la traición más grande y dolorosa: la de su esposa. Y a pesar del dolor y la vergüenza, había podido desembarazarse de ese peso en una carta que le escribió a su amigo Tomás Guido. Él también había traicionado; recordaba sin orgullo sus encuentros con Rosa Campusano, la quiteña.

—¿Está bien, Papá? —le preguntaba Mercedes cuando lo veía sentado frente al fuego con los ojos húmedos.

—Sí, mi amor, es el humo —le decía como si su hija fuese la niñita a la que había escrito las máximas y no la mujer casada y con dos hijas que era por entonces, a la vez que se pasaba un pañuelo por los párpados cansados.

El humo, las cataratas, la luz del sol, el polen; siempre era algo diferente. Pero los ojos de San Martín permanecían anegados como las tierras húmedas de su Yapeyú.

Quería que sus pensamientos se quitaran con la misma facilidad con que se sacaba y se ponía el sombrero de paja que usaba para hacer las tareas de la huerta. Intentaba distraerse con los tomates y los ajíes que plantaba en el jardín acompañado por su perro, el Mocho, que así le decía porque le faltaba una mano que le había cercenado una carreta. Pero no había forma: una y otra vez, lo sobrevolaba esa misma idea con la insistencia de un tábano.

Sus años de actividad habían sido sólo doce. En esos doce años había hecho lo que el común de los hombres no haría en doce siglos. Pero el cuerpo le había dejado la lista de gastos:

tenía un dolor en los huesos innumerable y los pulmones a la miseria. Había caído y se había liberado de su dependencia del opio (que la sutileza de un eufemismo llamaba láudano). Por cierto, la liberación del láudano le había costado casi tanto como la del continente. Pero nada de eso lo torturaba ahora.

Todos los caminos de la memoria lo conducían a Corrientes, la Roma íntima de San Martín. Las lágrimas del viejo general estaban hechas con las mismas aguas de Saladas, el pueblo donde había nacido un coprovinciano del que se acordaba cada día, a la hora fatal del remordimiento.

Como el estratega que supo ser, dibujaba un campo de batalla en la arena negruzca de la orilla del río. Miraba el Sena como si fuera el Paraná y se figuraba *in mente* el mapa del combate.

Si los realistas hubiesen desembarcado donde él lo había previsto, frente al convento, las cosas hubiesen sido más sencillas. Pero no, tuvieron que hacerlo siete leguas río arriba. Eso cambió los planes. Cada día se le aparecía la cara morena de ese muchacho, la sangre que le brotaba a borbotones. Si hubieran desembarcado frente al convento... quién sabe... se decía.

Sus compatriotas lo habían olvidado. Había tenido que marchar al exilio, leía las cartas que le traían sus amigos con noticias funestas: el país que él había liberado se desangraba en una guerra fratricida.

Pero una idea doliente se imponía sobre todas las demás. Una y otra vez, se imaginaba cómo debió haber sido esa batalla. Con una ramita, dibujaba el convento como una casita infantil con una cruz. Representaba los barcos españoles como lo hacen los niños. Pero en lugar de ponerlos donde él imaginaba, los ubicaba, en escala, siete leguas más arriba. Con flechas semi-

circulares indicaba el operativo de tenazas sobre los realistas. Los quince minutos de la batalla eran el resumen de su vida.

Entonces, los ojos se volvían hacia los vericuetos de la memoria: su caballo, herido de bala, caía tumultuosamente y él quedaba atrapado bajo el peso de la grupa del animal. Veía el filo de una bayoneta enemiga y, como un santo de cara morena, aparecía el gesto desesperado de aquel muchachito zambo, mezcla de indio y africano.

La batalla había terminado: San Martín asistió al soldado Cabral, que no era sargento, sino un granadero raso. Lo veía con los ojos de un padre.

Él también tenía la piel morena. En el delirio del final, el soldadito de ojos aindiados y pelo mota, tomó la mano del coronel San Martín y confundiéndolo con su padre, un esclavo angoleño, le dijo algo en guaraní.

San Martín, que hablaba mejor el guaraní que el francés, le apretó la mano y asintió. Cuando el soldadito expiró, el coronel escribió:

«No puedo prescindir de recomendar particularmente a la familia del granadero Juan Bautista Cabral natural de Corrientes, que atravesado el cuerpo por dos heridas no se le oyeron otros ayes que los de “viva la patria, muero contento por haber batido a los enemigos”».

Pero en realidad, el muchachito zambo, en su minuto final, se acordó de lo que se acuerda un chico antes de dormirse:

—Cuide a la mama —le había dicho a San Martín confundiéndolo con su padre. O acaso, sabiendo antes que nadie quién era ese hombre de piel oscura, ojos acuosos y manos fuertes. Como las de un padre.